

## **Nil Santiáñez, *Investigaciones literarias. Modernidad, historia de la literatura y modernismos* Barcelona, Crítica, 2002, 425 páginas.**

*Investigaciones literarias* es una propuesta amplia, exigente y ambiciosa. Nil Santiáñez organiza una estructura tripartita – “Teorías”, “Duraciones” y “Semejanzas de familia”– para analizar el concepto de modernidad, pensar la historia de la literatura y las diferentes concepciones del modernismo.

El autor establece una serie de premisas para realizar este trabajo. En primer lugar, desafía la idea de unicidad para comprender un tema, una época o un concepto. No opera con un único modelo, sino que pone en movimiento más de una línea de pensamiento. En segundo término, y en esto reside la amplitud de este trabajo, no se circunscribe a los postulados que se han pensado desde la literatura sobre la modernidad y el modernismo, sino que incorpora los postulados de las ciencias sociales –la filosofía y la historia, en particular– y algunos conceptos de las denominadas ciencias duras.

“Teorías” exhibe la intención metodológica del autor. Esta sección, que comprende los tres primeros capítulos del libro, presenta una serie de conceptos imprescindibles para este análisis. Tal es el caso de “vectores de formación”, que toma de Jürgen Habermas, para incorporar la idea de simultaneidad de corrientes. Así va conformando una suma de haces cuyo propósito es centrarse en el siglo XIX.

Al afirmar que “el origen de la modernidad es poligenético”, Santiáñez expresa claramente su intención de concebir la misma a partir de la búsqueda de la simultaneidad y no de la unilinealidad. Su propósito se verifica en el pensamiento de los autores citados –y cuidadosamente desarrollados–, que caracterizan la modernidad en términos de polimórfica, variable, jánica y proteica.

El capítulo II, “Temporalidad y discurso histórico”, privilegia el espacio de los estudios literarios, donde el autor examina algunas problemáticas. Por un lado, señala el reposicionamiento, en la actualidad, de la historia literaria y, por otro, subraya las diferencias que se mantienen entre ésta y la teoría. A partir de planteos teóricos (el estructuralismo, la deconstrucción) y puntuales intervenciones (las de Tzvetan Todorov y Hans Robert Jauss, por ejemplo), se hace visible el declive de la historia de la literatura y su posterior replanteo a partir de trabajos que llevan la firma de Peter Bürger, Pierre Bourdieu o Claudio Guillén, entre otros. Este capítulo pone de manifiesto un problema inherente o exclusivo de toda historia literaria: cómo se constituye el discurso histórico y la consiguiente reflexión sobre su propia historicidad. Los argumentos que ensaya Santiáñez provienen –fundamentalmente– del campo de la historia. Bloch y Braudel (Escuela de los *Annales*), Focillon, Kracauer, Kubler y Peter Burke le permiten reflexionar sobre la necesidad de revisar la constitución de una historia con un tiempo lineal, absoluto. El concepto de “estructura” braudeliiano es enriquecedor y le otorga al campo de la historia literaria la posibilidad de organizarse a partir de tres tipos de duraciones. A ello debemos sumar la preocupación por el modo narrativo del material (Hayden White).

Esta rica explicación se consolida como programa a partir de las críticas que Santiáñez realiza a los historiadores de la literatura española. Les reprocha el decidido distanciamiento de toda polémica en relación con la crítica o la teoría literaria. Asumiendo su condición de teórico de la literatura, denuncia el anquilosamiento y la falta de renovación, y aboga por la construcción de una historia a partir de períodos braudelianos de corta y mediana duración. El planteo exhibe nombres imprescindibles de la crítica literaria (Francisco Rico, Víctor García de la Concha y R. de la Fuente) que, aunque considerados revisionistas, operan según Santiáñez con criterios tradicionalistas en su tarea crítica. “Temporalidad y discurso histórico” pone de manifiesto la imperiosa necesidad de actualización de la historia literaria española contemporánea, y ratifica la simultaneidad, ya desarrollada en el capítulo I, que debe ser leída aquí desde lo multitemporal y el perspectivismo.

“Modernismo y Modernismos”, que completa “Teorías”, organiza una pesquisa. Santiáñez se propone hacer un uso operativo del concepto en cuestión. Para ello desanda y desmaleza un territorio ocupado por las múltiples definiciones sobre este término en la actualidad. La reflexión sobre el lenguaje produce un rastreo obsesivo de los distintos usos del concepto de modernidad. Y consigna los utilizados no sólo por teóricos, sino también por escritores, poetas e instituciones en un arco temporal que se inicia en el siglo XVI y alcanza el siglo XX. La indagación establece los usos en el mundo hispanohablante y el proveniente del mundo anglosajón. Al respecto Santiáñez plantea un movimiento de descolonización de la crítica hispánica que debiera partir de la rigurosidad del uso y no de la mera importación de etiquetas.

Este capítulo es enriquecedor porque demuestra que el modernismo o los modernismos ponen en crisis la historia literaria contemporánea de España. El autor logra fundamentar cómo la organización a través de una historia lineal o desde una óptica de autor cristaliza falsas definiciones. Toma por ejemplo a Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas o Benito Pérez Galdós, y desestabiliza la idea de modernismo al tiempo que reconsidera el concepto de realismo.

Concluye el capítulo con la postulación de un sistema abierto o de “semejanzas de familia” (Ludwig Wittgenstein), las cuales resultan operativas y poseen un sesgo pragmático que funciona no como una teoría sino como un punto de vista. Actúan, así, como hipótesis de trabajo con la participación del lector, que establece un nuevo pacto con el crítico. La intención es desarticular el análisis generacional y proponer una concepción del modernismo, de la prosa en particular, mediante las tres duraciones braudelianas. Un modernismo español e hispanoamericano, de corta duración, que comprende los últimos años del siglo XIX y la primera década del XX. Un modernismo de media duración, desde el último tercio del XIX y hasta la guerra civil de 1936. Y por último, un modernismo de larga duración que se extiende desde la publicación de *El Quijote* hasta *Tiempo de silencio*. Estas “miradas”, como prefiere llamar Santiañez a las semejanzas de familia, son escalones necesarios para desencorsetar tanto obras como autores y movimientos o escuelas.

“Duraciones” es la segunda sección del libro. En los tres capítulos que la componen – “Modernidad, Secularización y Novela”, “El Héroe decadente” y “Las consecuencias del Naturalismo”–, el autor desarrolla *in extenso* la propuesta tomada de la historiografía y privilegia su objeto: la literatura española contemporánea.

El capítulo IV se abre con una referencia a Mesonero Romanos; la descripción costumbrista permite centrarse en el proceso de secularización de la sociedad urbana española. Santiañez lee el clima de época del siglo XIX al escuchar diversas voces. Reformas administrativas y económicas, el periodismo, la impronta científica, los nuevos ámbitos de encuentros sociales y, sobre todo, la aceptación del krausismo determinan un giro sin precedentes. Y aunque el autor señala que en España los cambios se realizan de manera paulatina, la secularización es un hecho dada la presencia de una burguesía pujante. El proceso de secularización es sinónimo de modernización, y genera las condiciones para pensar la novela decimonónica en una duración media. Con inteligencia el autor analiza las condiciones de recepción de la novela en relación a la burguesía, y organiza un corpus donde dialogan textos y autores. Mediante el corpus presentado Santiañez le responde a importantes críticos (Octavio Paz y V. García de la Concha) sobre la inexistencia de una modernidad en la España del siglo XIX.

En “El Héroe decadente” el autor explica el proceso de larga duración. Para ello el punto de partida es el trabajo de Baudelaire –“Del heroísmo en la vida moderna”–, al que agrega la figura emblemática de Balzac. Estas referencias son claves para analizar la presencia del héroe en el mundo moderno y para comprender el lugar del artista, del individuo sensible alienado y el hombre de letras. Aquí aparece el modelo teórico plasmado en toda su dimensión en obras y autores. El corpus se nutre no sólo de autores como Pérez Galdós, Miguel Delibes, Rafael Altamira, Max Aub, Pío Baroja o Juan Goytisolo sino también de obras como *Cuesta abajo*, *Tiempo de silencio*, *La Quimera*, etc. De este modo privilegia la figura del héroe decadente y la novela de artista en tanto posibilidad de reflexividad del mundo moderno, y las sitúa en un arco temporal desde mediados del siglo XIX hasta el presente.

En “Las consecuencias del Naturalismo” hay más de una línea de análisis. En primer lugar, este capítulo ejemplifica la duración breve braudeliana. En segundo lugar, Santiañez detecta y explicita la incomodidad que el naturalismo produjo en España. El original planteo tiene más de una faceta porque implica, necesariamente, la presencia de Zola y el naturalismo francés, y además la división entre un naturalismo “moderado” (el de Pardo Bazán y Alas, por ejemplo), frente a una línea radicalizada, integrada por autores como Eduardo López Bago o R. Vega Armentero, con una impronta claramente zoliana. (Al respecto, Santiañez considera que la verdadera ruptura la llevan a cabo los “moderados”, porque intervienen de manera decisiva en el canon de la literatura española). Aunque las condiciones analizadas en este capítulo sirven para comprender la breve presencia del naturalismo, el autor considera que la condición subversiva del naturalismo (teniendo en cuenta la incorporación de discursos científicos y filosóficos de la Europa laica) prefigura el arte contemporáneo. Por último, gracias a la presencia del krausismo y del naturalismo, la crítica y la prensa española salen –aunque más no sea como reacción– de una suerte de ombliguismo intelectual.

“Semejanzas de familia”, la última sección del libro, comprende cuatro capítulos, cada uno de los cuales pone a prueba el nuevo contrato entre el crítico y los lectores analizado anteriormente. De modo que el autor concibe en “Voces”, “Interiores”, “Sujetos” y “Juegos” una complicidad crítica con el lector que reafirma en el análisis de cada obra y de cada autor escogido. Por ello todos estos capítulos se nutren con la inmensa enciclopedia del autor. En “Voces” destaca la importancia de la primera persona como doble recurso de “veracidad” y de interioridad del personaje. La presencia del discurso autobiográfico ficticio y una creciente subjetividad son condiciones recurrentes en la literatura de fines del siglo XIX.

En “Interiores” hace referencia a la espacialidad, privilegiando los distintos ámbitos íntimos, familiares, y las relaciones con los objetos. De este modo se pueden leer las nuevas condiciones de la vida familiar en el siglo XIX. Este capítulo trabaja tanto con los espacios privados como con la esfera pública. La postulación de la espacialidad recupera el modernismo y la modernidad en otras artes. En el caso de la literatura, en el análisis de *Doña Milagros*, *Fortunata y Jacinta*, *La desheredada* o *Dulce y sabrosa*, por

nombrar apenas algunas, da cuenta de un cambio en la estructura de las obras. Santiáñez puede señalar las diferencias en tanto espacios en la novela realista (dualidad básica: exterior–interior, sociedad–individuo), el encierro doméstico en el caso de la novela cambiosecular, etc.

El capítulo anterior prefigura el análisis de “Sujetos”. El autor establece una íntima relación entre los lugares y el desarrollo del yo, y analiza la configuración de una identidad acorde a la modernidad mediante la revisión de las ideas incipientes tanto de la psicología como de la psiquiatría de fin de siglo. Las novelas analizadas ayudan a conformar una suerte de catálogo, pero sobre todo a corroborar la condición escindida o inestable del sujeto moderno.

En “Juegos”, capítulo con que se cierra “Semejanzas de familia” y el libro, pone en superficie la relación entre el lenguaje y el juego, sobre todo en la literatura experimental. No obstante ello, Santiáñez ilustra las condiciones lúdicas en diferentes autores y novelas a partir de una sencilla clasificación que descansa en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Santiáñez analiza la presencia lúdica en su doble condición de dimensión y de técnica.

Para finalizar, es necesario destacar la importancia de esta obra para el hispanismo. Santiáñez invita al lector a pensar de un modo original la literatura española contemporánea. Lector omnívoro y sin prejuicios, recupera autores desestimados por el canon e incorpora un aparato crítico inmejorable. *Investigaciones literarias* es un trabajo inteligente y generoso, donde la teoría y la práctica confluyen para desacreditar cualquier tipo de pensamiento hegemónico en la literatura.

***Raúl Illescas***